



LOS ANTIPOLITICISTAS

UNA de las cosas que más me han llamado la atención durante mi estancia en Canarias es la frecuencia y el tono con que varios me hacían esta advertencia: «Bueno; debo advertirle á usted que yo no soy político». Decíanlo como defendiéndose de alguna acusación tácita ó como recomendándose á mi aprecio. A cada paso oía decir de alguno: «¿Ese? ¡Ese es un político!» Se habla allí en general de los políticos como de una especie aparte ó como de hombres que se dedican á una profesión vitanda. Y son muchos, muchísimos, los que se jactan de su indiferencia respecto á la política. Y éste me parece que es uno de los más graves males de aquel país hermosísimo y no todo lo venturoso que merece ser.

De este mal también padecíamos y aun seguimos padeciendo en el resto de España, pero afortunadamente estamos en camino de cura-

ción. El número de los llamados neutros, de los execrables neutros, de los que se muestran indiferentes á las fecundísimas luchas políticas, disminuye de día en día.

No me entusiasman grandemente las democracias, pero hoy son ya inevitables. La democracia es acaso, como la guerra y tal vez la civilización misma—¡y quién sabe si la vida!...—un mal necesario. Hay que aceptarla ó sucumbir. Y la democracia nos impone más obligaciones y deberes que nos confiere privilegios y derechos. Y el primer deber que la democracia nos impone es el de interesarnos en el manejo de la cosa pública, de la «res pública».

«¡A mí el gobierno no me da nada!» Esta es la tontería estereotipada con que no pocos egoístas y otros vividores se sacuden cuanto se les solicita para que tomen puesto en las luchas políticas. Y no reflexionan si no es que aunque el gobierno nada les dé no les quita algo, y les quita precisamente por su abstención de la vida pública. El que desdeña tomar parte en la vida política, siquiera como elector activo, figurando en un partido, acudiendo á mítines y reuniones públicas, etc., no tiene luego derecho á quejarse si alguna disposición legal ó meramente gubernativa le perjudica en sus intereses.

Lo primero que un ciudadano necesita tener es civismo y no puede haber patria, verdadera

patria, donde los ciudadanos no se preocupan de los problemas políticos.

Allí, en Canarias, me asombraba y me apenaba el observar la general indiferencia por los grandes problemas políticos, alguno de los cuales, como el del reparto de la tributación, debería tocarles muy en lo vivo. Y en cambio no acababa de comprender aquellos partidillos locales en que están divididos, partidillos que llevan unos motes caprichosos y que no se distinguen unos de otros sino por el caudillejo ó caciquillo á quien siguen, taifas puramente personales organizadas para el asalto y el disfrute de los cargos públicos. «¡Y eso es política!» me decía con aire de triunfo uno de los más acérrimos antipoliticistas. A lo-cual le contesté: «En efecto, eso no es política, ó mejor dicho, eso es política mala, pero la culpa de que eso prospere la tienen ustedes, los que se meten en casa».

Mis esfuerzos para darme cuenta del mapa político—llamémosle así—de Canarias, me recordaron los esfuerzos que he tenido que hacer no pocas veces para tratar de darme cuenta de los mapas políticos de las repúblicas hispano-americanas. Casi todas nuestras clásicas categorías políticas europeas, las de liberalismo y conservatorismo, socialismo é individualismo, estatismo y anarquismo, regalismo y ultramontanismo, etc., etc., casi todas ellas marran cuando

se trata de clasificar los partidos de las más de esas repúblicas. Y se encuentra uno como se encuentra en nuestros pequeños lugares rurales, divididos también en partidos, pero en partidos puramente personales.

Suelo yo decir que en las pequeñas villas y en los distritos rurales de esta nuestra España, hay siempre por lo menos dos partidos, y son los antiequisistas que siguen á Zeda contra Equis, y los antizedistas, que siguen á Equis contra Zeda. Y nótese que no les llamo equisistas ni zedistas, porque son ellos esencial y fundamentalmente negativos. Más que siguen á uno, van contra el otro. Y en general puede decirse que nuestros republicanos no son sino antimonárquicos, y no sino antirrepublicanos nuestros monárquicos.

He llegado á darme una cuenta, creo que bastante clara, de lo que distinguía á los unitarios y los federales de tiempos de Rozas y de Sarmiento en la Argentina, pero jamás he podido comprender qué es eso de los blancos y colorados del Uruguay.

Aquí, en España, son las ciudades las que empiezan á plantear en su verdadero terreno los problemas políticos. La lucha política en las ciudades no es ya una lucha de personalidades y personalismos; un caudillo de ciudad, un tribuno de ella, necesita encarnar ideales políticos más ó menos definidos.

Precisamente está ahora pasando España por uno de sus períodos de mayor agitación política, gracias á la labor de Canalejas, y el interés de esa agitación se ha concentrado en estos días en mi pueblo nativo, en Bilbao, uno de los más políticos de España, y donde menos neutros hay. De un lado la huelga de los obreros de las minas en demanda de reducción de horas de trabajo, y de otro lado los católicos que se revuelven contra las medidas que estiman antirreligiosas del actual gobierno. Y uno y otro caso ofrecen no poca enseñanza.

Una de las razones, casi la única, que los patronos mineros dan para no ceder á las demandas de sus obreros, á pesar de los buenos oficios del Instituto de Reformas Sociales y del gobierno mismo, es que eso implicaría una humillación, y que los obreros son soliviantados por agitadores políticos, á los que estiman gente extraña. Lo de la humillación no lo entiendo. La lucha entre el capital y el trabajo es una guerra, exactamente como la otra guerra, y el principio de «antes morir que rendirse», puede resultar dañosísimo en una guerra, por muy heroico que nos parezca. El rendir una plaza no es humillación nunca.

Una huelga, no es ni más ni menos que un regateo, y un patrono inteligente, que no tenga oscurecido el entendimiento por las nieblas del orgullo de quien se elevó acaso desde el más

bajo puesto, calcula los perjuicios que la huelga puede irrogarle, capitaliza el beneficio que los obreros pueden arrancarle con sus exigencias, y ve si le conviene ceder. Vale más privarse de tres mil pesetas cada año, que perder cien mil de una vez. El amor propio tiene poco que ver en estas cuestiones para un hombre de juicio.

Lo otro, lo de la intrusión de agitadores políticos, á quienes se califica de elementos extraños, tiene mucha más gracia todavía. Esos señores capitalistas se imaginan que la contienda es entre ellos y sus obreros tan sólo y que todos los demás ciudadanos no tenemos otro papel que el de meros espectadores. ¡Valiente idea tienen de la solidaridad social!

«¿Y á usted, qué le importa de esto? ¿Usted por qué se mete donde no le llaman?» He aquí expresiones que se oyen á menudo, y que reflejan la quinta esencia del antipoliticismo.

Sí, á todos nos debe importar de todo y las luchas económicas son luchas políticas que á todos atañen. Un conflicto entre un patrono y sus obreros no es pleito privado, es un pleito público. Su solución repercute sobre la economía social toda.

¡Agitadores políticos! ¡Naturalmente! Son y deben ser agitadores políticos los que provoquen y dirijan las luchas entre el capital y el trabajo. Y sólo haciendo políticas á estas luchas, es como

se las hace regulares, organizadas, legales, civilizadas, en fin. El socialismo es y debe ser política. Y la abstención del estado en estas luchas es una vieja doctrina manchesteriana que apenas hay quien se atreva á propugnar hoy.

¡Libertad de contratación! — claman. Y es como si uno dijese: que nos dejen libres, que nadie se entrometa, él tiene como yo sus brazos libres para luchar. Cierto, tiene libres sus brazos, pero tiene grillos en los pies.

Mientras la tierra no sea de propiedad comunal, mientras haya quienes á donde quieran que vayan tengan que pisar tierra ajena y no encuentren propia sino aquella que les tengan que dar de sepultura luego que hayan muerto, mientras tanto, no se puede hablar de libertad de contratación.

Y esta acusación — ¿acusación? — de que se entromete la política en las luchas económicas entre el capital y el trabajo, esta ridícula acusación — ¿acusación? — han dirigido algunos liberales inconcientes á los católicos bilbaínos y vascongados que han querido ir á San Sebastián en protesta contra la política antimonástica del gobierno. Que la protesta era política. . . ¡Naturalmente que lo era! Y debía serlo. El catolicismo es político; lo es y debe ser. Esos pobres liberales inconcientes sacan en seguida en estos casos el Cristo, y hablan del Evangelio, como si Cristo y el Evangelio no le cojieran ya bastante lejos

á la Iglesia católica y al catolicismo. Y aun Cristo y el Evangelio son también políticos. . . ¡pues no han de serlo!

Cuando las turbas judías quisieron proclamar rey á Jesús después de aquello de los panes y los peces, el Cristo se apartó de ellas para evitarlo. Cuando los fariseos para tentarle le preguntaron si se debía ó no pagar el tributo al César, tomó una moneda, les preguntó de quién era el cuño y al decirle que del César, les contestó: pues dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios. (Es decir, dad al rey ó la república lo que es de él ó de ella, la moneda que acuña, el dinero, y lo demás, lo que no es dinero, dádselo á Dios, á quien no le hace falta plata). Y cuando por último le crucificaron, pusieronle sobre la cruz en son de burla lo de Rey de los Judíos. Pero nada de esto quiere decir que la obra de la redención cristiana no fuese una obra profunda y esencialmente política. Querer separar la religión de la política es una locura tan grande ó mayor que la de querer separar la economía de la política. No ya el catolicismo, sino el cristianismo y toda religión tiene que ser política.

Un acto político era el que los católicos vascogados querían celebrar en San Sebastián y un acto político ha sido el del gobierno al impedirselo. Y ha obrado muy bien, perfectamente bien, políticamente bien el gobierno.

Es torpeza, y torpeza insigne, la de querer trazar á la política un campo restringido. La política no es una especialidad; la política es una forma de concebir, plantear y resolver todo problema. La política es una envolvente de todo problema público. Hay política económica, política religiosa, política sanitaria, política cultural, las grandes cuestiones humanas en una democracia.

Puede sostenerse que fué la política lo que hizo la eterna grandeza de Atenas y de toda Grecia y que la filosofía de Platón, la lírica de Píndaro, la trágica de Esquilo, la historia de Tucídides, por no decir nada de la elocuencia de Demóstenes, se debió á la política. Las democracias griegas fueron ante todo y sobre todo escuelas de política, como lo fueron las repúblicas italianas. Donde el pueblo se desinteresa de la política, decaen ciencias, artes y hasta industrias.

Lo cual no quiere decir, claro está que se deje absorber por entero de cierta agitación política sin contenido doctrinal. Y aun de esta agitación acababa de surgir doctrina.

Lo que sí ocurre es que en los períodos de intensa fiebre política parece como que las artes, las ciencias, la cultura, todo sufre un eclipse ó un retardo. Los espíritus absortos en esas candentes luchas parecen desinteresarse de los demás problemas de la vida y la cultura. Pero ~~estas~~ ~~traba-~~

jan por dentro y trabajan merced á la agitación política.

Porque no me cansaré de repetíroslo—pues sabido es que si de algo peco es de machacón—la política es uno de los mejores puntos de vista para encarar cualquier problema.

Claro está, por otra parte, que puede uno interesarse por la política y hasta hacer política activa sin alistarse en ninguno de los partidos organizados en su país. Yo por ejemplo... Y si alguien al llegar acá exclamase: «¡ya está el egotista!» le contestaré, que si lo ejemplifico conmigo, es por ser el hombre que encuentro más á mano.

Yo, por ejemplo, creo ser uno de los españoles que ha hecho más política en mi patria y sin embargo, no figuro afiliado á ningún partido. Lo cual no creo que sea recomendable en cada caso, pero á mí me da una gran libertad de movimiento.

Con lo que tenemos que procurar acabar todos es con el sentimiento anti-social, ó insocial por lo menos, que se esconde debajo de aquella frase de: «el gobierno nada me dá». Todos los gobiernos de todos los países dan y quitan mucho—con frecuencia quitan más que dan—á todos los ciudadanos por ellos gobernados. Y donde no hay una intensa vida política, la cultura es flotante, carece de raíces.



DON QUIJOTE Y BOLIVAR

Yo no sé si las relaciones culturales entre las diversas naciones americanas de lengua española son tan íntimas y tan activas como debieran serlo; yo no sé si en Méjico, Perú, Venezuela, etc., se sigue con interés el movimiento literario, científico y artístico de Chile, Argentina, Uruguay, ecétera, y viceversa; yo no sé si la conciencia de la América llamada latina es todo lo viva que debería ser. Una de las más acendradas y más legítimas glorias del pensamiento hispanoamericano contemporáneo, José Enriqu  Rodó, el noble profesor montevideano, al final del hermoso discurso que ley  en la fiesta de la traslación de los restos de Juan Carlos Gómez desde Chile   Montevideo, su patria, decía que si es alta la idea de la patria, «en los pueblos de la América latina, en esta viva armonía de las naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones del idio-

ma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo tan alto como la idea de la patria, y es la idea de la América: la idea de la América como una grande é impercedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de Méjico hasta los sempiternos hielos del Sur». Y añadía: «Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una ú otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana». Palabras tan altas y nobles cuanto es noble y alto el pensador de «Ariel».

No sé si esto no es más que un sueño de Rodó, pero es un sueño alto y noble. Es el sueño del gran Libertador, de Simón Bolívar, que pretendía dar libertad á Cuba y Puerto Rico y «establecer un equilibrio permanente entre la gran república de origen inglés y las repúblicas de origen español».

Así lo dice don José Gil Fortoul al final del capítulo IV del libro III de su «Historia constitucional de Venezuela», el primero de cuyos cinco tomos acaba de publicarse en Berlín, y obra que me ha sugerido las anteriores líneas. Porque es ciertamente una obra que merece ser leída y conocida por todo americano; es una obra concienzuda y sólida y á la vez de muy

grata y fácil lectura y no poco sugerente. A mí, por lo menos, me ha sugerido no pocas observaciones sobre hombres y cosas de América.

Ante todo, los hombres. Siempre me ha interesado más el individuo que la muchedumbre, las biografías más que las historias generales y la psicología más que la sociología. Me parece que fué uno de los grandes aciertos de Sarmiento el de escojer la figura de Facundo Quiroga para trazar en torno de ella el cuadro de la lucha entre la civilización y la barbarie y uno de los grandes aciertos de Mitre el de tomar á Belgrano y á San Martín para agrupar en torno de ellos la historia de la emancipación de las repúblicas del Plata y alledañas. Con la ventaja acaso á favor de Mitre—á cambio de otras desventajas—de que como decía Alberdi á Sarmiento en la tercera de sus «Cartas Quillotanas» se debe escribir la historia de los buenos más bien que la de los malos é «historiando á Belgrano, á Rivadavia, á San Martín, á Moreno, etc., se habría podido educar á la juventud en el «amor á la libertad» más bien que en el «odio personal á los malvados». Y añadió: «Plutarco no historió á pícaros para servir á la educación», lo cual puede aplicarse al Plutarco americano, es decir, á Mitre, historiador del Belgrano y San Martín.

Mucho hay que aprender en la «Historia constitucional de Venezuela» del Sr. Gil Fortoul,

pero yo, siguiendo mis predilecciones, he de fijarme ante todo en la figura del libertador, tal y como el historiador venezolano nos la presenta.

Es, sin duda, Simón Bolívar, un héroe para un poema á la manera de los de Browning en que toma un personaje histórico como centro de reflexiones poéticas. Puede y debe decirse que hasta hoy la América ha producido más hombres de acción que contemplativos de pensamiento puro, sus Aquiles superan á sus Homeros; por lo general los historiadores, aún habiéndolos tan notables, no llegan á la talla de los historiados. El pensamiento es la flor de la acción y no florece y se encumbra la cultura filosófica, poética y científica de un pueblo hasta que, á través de dolorosas luchas, no se haya constituido en vista de un ideal común, más ó menos vago.

Hasta tanto sus pensadores en discordancia con el ambiente resultan incompletos é inadaptables como aquel D. Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, interesante figura de que nos habla el Sr. Gil Fortoul y que no pudo entenderse con Sucre, que vió en él un extravagante. ¿No se le llamó «loco» á Sarmiento?

El mismo Bolívar decía en 1822 que ni ellos ni la generación que les sucediese verían el brillo de la república que estaban fundando; que la América era una crisálida, que era menester

una «metamorfosis en la existencia física de sus habitantes» mediante la formación de un nuevo tipo gracias á la fusión de razas, y en 1824 añadía que los pueblos americanos no podrían prosperar en cien años y que era menester fomentar la inmigración de europeos y yanquis.

Es el tema mismo del grandioso final del discurso que en 1872 pronunció Sarmiento al inaugurarse la estatua de Belgrano, el discurso conocido por el de la Bandera.

Y sólo cuando un pueblo se ha hecho homogéneo y se ha constituido definitivamente, cuando ha brotado en él conciencia patria colectiva y no vive sólo por el mero instinto de vivir—esto último es de Bolívar—sólo cuando tiene ideal es cuando comprende y siente sus glorias y cuando puede irradiar al mundo su pensamiento. Homero llega cuando están resueltas las luchas en que intervino Aquiles, cuando de Troya no quedan sino las ruinas y es Elena polvo.

Y ¡qué figura la de Bolívar para el poema! Me permitiréis, benévolos lectores americanos, que como vasco que soy por todos treinta y dos costados, me detenga en la vasconía del Libertador. Después de describirlo físicamente (páginas 320 á 330) agrega el Sr. Gil Fortoul: «En suma, tipo de vascongado, de que descendía por línea paterna...» ¡Cuántas veces en un verano

que pasé cerca de Cenarruza no me he detenido desde los balcones de esta vieja Colegiata, antigua hospedería acaso para los peregrinos que pasaban por Vizcaya en piadosa romería á Santiago de Compostela, á contemplar allá abajo, en el valle, el lugar de Bolívar, de donde tomó su nombre y su origen el libertador!

«Si su organismo era sobre todo español—añade el Sr. Gil Fortoul—los ímpetus de su alma también lo fueron amenudo». Sí, españoles y quiijotescos. Bolívar fué uno de los más fieles adeptos del quiijotismo. Conocida es la anécdota, que he leído en Ricardo Palma («Mis últimas tradiciones peruanas y cachivacherías» Barcelona 1906) sobre la última frase de Bolívar, cuando éste, en sus últimos días preguntó á su médico si sospechaba quiénes habían sido los tres más insignes majaderos del mundo y al decirle el médico que no, contestó el Libertador: Los tres grandísimos majaderos hemos sido Jesucristo, Don Quijote y . . . y yo! El mismo, pues, se incluyó, según tradición, con Don Quijote. Y cuando vuelva yo á hacer otra edición de mi «Vida de Don Quijote y Sancho, comentada y explicada» no os quepa duda de que la aumentaré incluyendo en ella pasajes de la vida del Libertador como incluí pasajes de la vida de Iñigo de Loyola, un vasco representativo.

Si á Don Quijote le lanzó á esa locura caba-

llesca aquel amor tímido y contenido hacia Aldonza Lorenzo, según yo creo ¿no determinaron acaso la carrera de Bolívar la muerte de su mujer María Teresa, y el dolor que le causó? «La muerte de su joven compañera (dulce y melancólica figura que la historia deja en indecisa penumbra)—dice el Sr. Gil Fortoul—le arroja al punto en un verdadero torbellino: viajes que duran tres años; al principio la nostalgia del primer amor, nostalgia que á veces se convierte en desesperación; proyectos confusos; nuevas pasiones que se suceden violentas y efímeras; al fin, el alto ideal que se apodera de su espíritu, arrastrándolo á la lucha por la libertad de la patria.» Agrega el Sr. Gil Fortoul que fué tal la impresión dolorosa con que acariciaba el recuerdo de su mujer «que llegó hasta desear sinceramente la muerte». Y el mismo Bolívar decía en 1828 en Bucaramanga á sus amigos: «Si no hubiera enviudado, quizá habría sido otra mi vida; no sería el general Bolívar ni el Libertador». Y he aquí cómo aquella María T. Rodríguez, á quien conoció y con quien se casó en España;—á Bilbao, mi pueblo, fué á verla en el otoño de 1801—esa dulce figura penumbrosa que desfila por la historia, fué la Aldonza Lorenzo de aquel Quijote americano, y cómo muerta ella, se le convirtió en Dulcinea, en la Gloria.

Y ¿no es acaso quijotesco aquello que cuentan, dijo Bolívar, á raíz del terremoto de Caracas en 26 de Marzo de 1812 cuando atribuyéndolo un fraile á azote de Dios irritado por haberse desconocido á Fernando VII, el ungido del Señor, el futuro libertador, que se hallaba en la turba entre las ruinas, desenvainando la espada y obligando á bajar de la mesa que le servía de púlpito al fraile predicador, gritó: «¡Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!» ¿Y no es quijotesco aquello que en 11 de Agosto de 1826 decía á Gual, el plenipotenciario colombiano al congreso proyectado de Tacubaya, continuación del de Panamá, de que promoviera la expedición libertadora á Cuba y Puerto Rico, para poder marchar luego con mayores fuerzas á España... si para entonces no quieren la paz los españoles? Acaso se habrían resuelto no pocas cosas si nos hubiera conquistado Bolívar; digo, á nuestros bisabuelos.

Todo esto es profundamente quijotesco, pero hay algo más que acerca á Bolívar á Don Quijote, otro de los tres insignes majaderos de la historia. (Y ¡qué gloriosa, qué divina es la majadería así!) Cuantos hayan leído el Quijote recordarán aquel melancólico capítulo LVIII de la segunda parte, en que el caballero encontró unas imágenes de relieve y entalladura para el

retablo de una aldea y las reflexiones de triste desesperanza que ellas le sugieren. En mi ya mencionada «Vida» las he comentado largamente. Aquello fué como el Huerto de los Olivos de Jesús, el otro de los tres insignes, según Bolívar. Y ¿no están llenos los últimos años del Libertador de tristes reflexiones en que el héroe parece repetir con Don Quijote «¿no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos?» En aquellos tristes momentos, en aquellas horas de desaliento, propias de todos los verdaderamente grandes, creía haber arado en el mar y desconfiaba de los destinos de las nuevas naciones que con su espada y su fé separó de España.

Pero hay una frase profunda, profundísima, tal vez la frase más profunda que he leído de Bolívar — con frecuencia hay en sus frases célebres más retórica á la española que no otra cosa — hay una frase que nos hace penetrar hasta el hondón del alma del héroe. Es cuando en 1824 escribía al marqués del Toro: «Entienda usted, mi querido marqués, que mis tristezas vienen de mi filosofía; y que yo soy más filósofo en la prosperidad que en el infortunio. Esto lo digo para que usted no crea que mi estado es triste, y mucho menos mi fortuna». ¿No os dice nada esto del hombre triste en la prosperidad y triste por filosofía? ¿Llegaría Bolívar á sentir la angustia metafísica de todos los grandes, la terri-

ble voz que surge del silencio de las eternas tinieblas y nos dice: y todo, para qué?

No olvidemos que había leído á Rousseau, el patriarca del pesimismo, y que los dos volúmenes del «Contrato social» que habían pertenecido á la biblioteca de Napoleón y el general inglés Roberto Wilson regaló al Libertador, solía llevarlos consigo, y los regaló, al morir, á la Universidad de Caracas.

A cada hombre puede juzgársele por sus lecturas favoritas. Don Quijote leía libros de caballería, Bolívar á Rousseau y San Martín apacentaba su espíritu con la lectura de Plutarco. Y el decir simplemente que aquél leía á Rousseau y éste á Plutarco dice tanto, para los que á Plutarco y Rousseau conozcan, como cuantos paralelos entre uno y otro puedan trazarse y los que hayan trazado el venezolano Larrazábal y el argentino Mitre, y el del chileno Santa María, el que llamó á San Martín zorro y á Bolívar águila, paralelo este último que reproduce el señor Gil Fortoul. El uno era rousseauiano, plutarquiano el otro, diría yo. Y no se olvide que Rousseau, por su parte, era un admirador y un lector entusiasta de Plutarco, de este Plutarco, de quien decía el general inglés Gordon, el héroe de Jártum, que debería darse á leer á todos los oficiales del ejército mejor que un libro de táctica.

Podría ir por este primer tomo de la «Historia Constitucional de Venezuela», del Sr. Gil Fortoul, libro que aun ha de darme materia para otras consideraciones, recojiendo datos y noticias con que seguir buscando semejanzas entre Don Quijote y Bolívar, y si fuese yo un Plutarco, no me costaría hacer una vida paralela de ambos. Los últimos momentos del gran Libertador, son de tan intensa poesía como los últimos momentos del caballero manchego.

Poesía, sí, esta es la palabra, poesía. Poesía, poesía es la que rezuma de la vida de Bolívar, como es poesía lo que rezuma de la historia de la emancipación de las repúblicas hispanoamericanas, lo mismo que de la épica historia del descubrimiento y de la conquista. Una y otra poesía están enterradas en las viejas crónicas de los conquistadores, de los Oviedo, Castillo, Gomara, etc., y en las memorias de los caudillos de la independencia. Poesía, sí, y esa poesía deberíamos ser nosotros, los españoles, los que más fuertemente la sintiéramos. Como Diego Láinez se llenó de orgullo al ver que su hijo, el Cid, sintiéndose mordido en el dedo por el padre, le amagó un bofetón, así nosotros, los españoles, deberíamos enorgullecernos de la heroicidad de aquellos hombres frentes á las tropas de los torpes gobiernos peninsulares y considerar una gloria de la raza las glorias de las inde-

pendencias americanas. Pero aún no hemos llegado á esto. Ni aún, justo es decirlo, se ha llegado ahí, en América, á hacernos entera justicia, aunque cada día, sobre todo desde que España perdió á Cuba y Puerto Rico, aumenta el buen deseo de hacérnosla, y prueba de ello es, entre otras muchas, la obra del Sr. Gil Fortoul que ha provocado este escrito.

Y vuelvo á lo que decía al principio, y que es uno de mis más repetidos estribillos, á la necesidad de que todos los pueblos de lengua castellana se conozcan entre sí. Porque no es sólo que en España se conozca poco y mal á la América latina, y que en ésta se conozca no mucho ni muy bien á España, sino que sospecho que las repúblicas hispanoamericanas, desde Méjico á la Argentina, se conocen muy superficialmente entre sí.



INDICE

	Páginas
Conversación I	7
Conversación II.....	21
Conversación III.....	35
A mis lectores	47
Soliloquio.....	59
Divagaciones de estío.....	69
Desahogo lírico.....	81
El escritor y el hombre.....	93
Malhumorismo.....	105
Confidencia.....	117
La sima del secreto.....	129
Al Sr. A. Z. autor de un libro.....	141
En defensa de la haraganería.....	153
Reputaciones hechas.....	163
El pedestal.....	177
El desdén con el desdén.....	193
Vulgaridad.....	205
Público y prensa.....	215
Nuestras mujeres.....	227
A una aspirante á escritora.....	239
A la señora Mab.....	251
Los antipoliticistas.....	263
Don Quijote y Bolívar.....	273